

Henry James

Otra vuelta de tuerca

Traducción de José Luis López Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Turn of the Screw*
Traducción de José Luis López Muñoz

Primera edición: 2000
Tercera edición: 2013
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Peter Layzell, *Illumination*, 2005
© Portal Painters/Index-Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2000
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7672-2
Depósito legal: M. 17.692-2013
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo introductorio
21	Capítulo 1
28	Capítulo 2
35	Capítulo 3
44	Capítulo 4
53	Capítulo 5
60	Capítulo 6
71	Capítulo 7
78	Capítulo 8
87	Capítulo 9
95	Capítulo 10
102	Capítulo 11
109	Capítulo 12
115	Capítulo 13
123	Capítulo 14
130	Capítulo 15
135	Capítulo 16
140	Capítulo 17
147	Capítulo 18
153	Capítulo 19
159	Capítulo 20
167	Capítulo 21
177	Capítulo 22
184	Capítulo 23
190	Capítulo 24

El relato nos había tenido suficientemente absortos en torno al fuego, pero, con la excepción del inevitable comentario de que era horripilante, como casi por definición debe de serlo un cuento extraño en una casa vieja, no recuerdo que se dijera nada más hasta que alguien señaló que era el único caso por él conocido en el que un niño había sido víctima de una «visita» de aquellas características. Se trataba, permítaseme explicarlo, de una aparición en una casa antigua, similar a la que entonces nos acogía: una «visita» espantosa, a un niño que dormía con su madre y que la despertó, al sentir el terror en toda su intensidad, no para que ahuyentara su miedo, lo tranquilizara y pudiera conciliar el sueño, sino para que, antes de lograrlo, también ella se enfrentara a la presencia que lo había horrorizado. Aquella observación provocó por parte de Douglas –no de manera inmediata, pero sí más tarde durante la velada– una respuesta que

tuvo la interesante consecuencia sobre la que deseo extenderme. Alguien más contó una historia no muy brillante, y me di cuenta de que Douglas no atendía, lo que me pareció señal de que algo le daba vueltas en la cabeza y que sólo necesitábamos esperar. Fue necesario que aguardásemos otras dos noches, pero aquella misma velada, antes de que nos retirásemos, sacó a relucir lo que le preocupaba.

–Estoy de acuerdo, por lo que hace al fantasma de Griffin, o lo que quiera que fuese, en que la particularidad de que se apareciera primero a un niño de tan corta edad le añade un toque especial. Pero no es el primer caso con intervención de un niño de que tengo noticia. Si con un niño se le da a la historia otra vuelta de tuerca, ¿qué pensarían ustedes de dos niños...?

–Diríamos, por supuesto –intervino alguien–, ¡que dos niños le dan dos vueltas! Y también que nos gustaría saber más sobre esa historia.

Todavía veo a Douglas ante el fuego, porque se había levantado y le daba la espalda, contemplando desde arriba, las manos en los bolsillos, a aquel contertulio.

–Tan sólo yo, hasta este momento, he oído esa historia. Es demasiado espantosa. –Varias voces se alzaron, como es lógico, para manifestar que eso daba aún mayor valor al relato y nuestro amigo, con tranquila maestría, preparó su triunfo mirándonos primero a todos y añadiendo después–: Es algo inimaginable. Nada de lo que ustedes conocen se le acerca.

–¿Por el puro terror? –recuerdo que pregunté.

Douglas pareció decir que no era tan sencillo; que en realidad no sabría cómo calificarlo. Se pasó una mano

por los ojos y apareció en su rostro un leve rictus de dolor.

—¡Por lo espantoso... del espanto!

—¡Qué maravilla! —exclamó una de las mujeres.

Douglas hizo caso omiso de aquel comentario; me miró, pero como si, en lugar de verme a mí, viera aquello de lo que estaba hablando.

—Por la increíble fealdad y el horror y el sufrimiento a que dio origen.

—En ese caso —dije—, haga el favor de sentarse y empiece.

Se volvió hacia el fuego, empujó un leño con un pie y se quedó contemplándolo unos instantes. Luego nos hizo frente de nuevo.

—No estoy en condiciones de empezar. Alguien ha de ir a la ciudad. —Un gemido unánime se escapó de todas las bocas y se le hicieron muchos reproches; después de lo cual, y con gesto preocupado, procedió a explicar—: La historia está escrita, pero guardada desde hace años en un cajón cerrado con llave. Escribiré a mi ayuda de cámara, y le mandaré la llave junto con la carta; nos remitirá el paquete tal como lo encuentre. —Era especialmente a mí a quien parecía hacer aquella propuesta; casi parecía pedirme ayuda para no vacilar. Acababa de romper un gran espesor de hielo, la acumulación de muchos inviernos; había tenido sus razones para tan largo silencio. Los demás vieron con malos ojos el retraso, pero a mí me cautivaron precisamente sus escrúpulos. Le supliqué que mandara la carta con el primer correo y que se comprometiera a leernos cuanto antes la historia; luego le pregunté si se trataba de una experiencia suya. Respondió al instante—: ¡No, no, gracias a Dios!

—¿Y es suyo el relato? ¿Fue usted quien lo escribió?

—Tan sólo es mía la impresión que recibí. Está escrita aquí —golpeándose el corazón—. Nunca la he perdido.

—¿El manuscrito, entonces?...

—Con tinta desvaída y hermosa caligrafía. —Hizo una nueva pausa—. De una mujer que lleva veinte años muerta. Me envió esas páginas antes de morir. —Todos escuchaban ya y, por supuesto, hubo algún comentario malicioso o, por lo menos, alguien que sacó conclusiones. Pero aunque las rechazó sin una sonrisa, tampoco parecieron irritarle—. Era la persona más encantadora del mundo, pero diez años mayor que yo e institutriz de mi hermana —dijo calmadamente—. La persona más agradable que he conocido nunca entre las de su profesión; hubiera sido una digna esposa de cualquiera. Todo eso sucedió hace ya tiempo y mucho antes el episodio del que hablo. Yo estaba en la universidad, y conocí a la autora del relato cuando volví para pasar las vacaciones al acabar mi segundo año. Pasé mucho tiempo en casa aquel verano; hizo muy buen tiempo y, en las horas que ella tenía libres, paseábamos por el jardín y hablábamos, conversaciones que me permitieron descubrir a una persona muy inteligente y simpática. Sí, sí; no se sonrían, me gustaba muchísimo y todavía hoy me alegra pensar que también yo le gustaba a ella. De lo contrario no me habría contado lo que me contó. Nunca se había sincerado con nadie. No se trata de que me lo dijera ella; supe, sencillamente, que era cierto. Estaba seguro; se veía. Lo entenderán con facilidad cuando escuchen la historia.

—¿Por lo terrible que fue?

Douglas siguió mirándome fijamente.

–Lo entenderán con facilidad –repitió–. Sin la menor duda.

También yo lo miré fijamente.

–Ya veo. Estaba enamorada.

Río por vez primera.

–Es usted muy perspicaz. Sí, estaba enamorada. Más bien lo había estado. Eso salió a relucir: no podía contar la historia sin que se supiera. Yo me di cuenta y ella se dio cuenta de que yo me daba cuenta; pero ninguno de los dos lo mencionó. Recuerdo el lugar y el sitio: el rincón cubierto de césped, la sombra de las grandes hayas y la larga y calurosa tarde de verano. No era un escenario que sirviera para inspirar miedo; pero... ¡vaya! –Se apartó del fuego para dejarse caer en su silla.

–¿Recibirá usted el paquete el jueves por la mañana? –pregunté.

–Es probable que no llegue hasta la tarde.

–En ese caso, después de cenar...

–¿Se reunirán aquí conmigo? –Nos miró a todos sucesivamente–. ¿Nadie se va? –Casi como con esperanza.

–¡Todo el mundo se queda!

–¡Yo me quedo... y también yo! –exclamaron las señoras cuya marcha ya se había anunciado. La señora Griffin, sin embargo, consideró que era necesario arrojar un poco más de luz sobre la historia.

–¿De quién estaba enamorada?

–Se sabrá durante el relato –me atreví a responder.

–¡Me muero de impaciencia!

–No se sabrá por la historia –dijo Douglas–; no de una manera literal y corriente.

–Pues es una gran lástima, porque sería la única manera de que yo lo entendiera.

–¿No nos lo dirás tú, Douglas? –preguntó otra persona.

Él se puso otra vez en pie.

–Sí: mañana. Pero ahora tengo que irme a la cama. Buenas noches. –Y, apoderándose muy deprisa de una palmatoria, nos dejó a todos ligeramente desconcertados. Desde nuestro extremo del gran salón marrón oímos sus pasos en la escalera, momento en que habló la señora Griffin:

–Bueno, aunque no sepa de quién estaba enamorada ella, sí sé de quién lo estaba él.

–Ella era diez años mayor –dijo su marido.

–*Raison de plus...*, ¡a esa edad! Pero es bastante conmovedor lo mucho que ha mantenido su reserva.

–¡Cuarenta años! –aportó Griffin.

–Con este desahogo, por fin.

–Este desahogo –intervine– hará del jueves por la noche un verdadero acontecimiento. –Y todo el mundo estuvo de acuerdo conmigo en que a la luz de lo que nos esperaba habíamos perdido interés por otros relatos. Se había contado ya la última historia, aunque fuese incompleta y casi como simple introducción a una narración por entregas; de manera que intercambiamos apretones de mano y «apretones de palmatoria», como dijo alguien, y nos fuimos a la cama.

Al día siguiente tuve conocimiento de que una carta con la llave del cajón había salido en el primer correo camino del piso de Douglas en Londres; pero a pesar de... o quizá precisamente porque, a la larga, todo el mundo

lo supo, lo dejamos tranquilo hasta después de la cena, hasta el momento que podía estar más de acuerdo con la clase de emoción en que se centraban nuestras esperanzas. Llegado aquel instante, se mostró todo lo comunicativo que podíamos desear, y nos explicó la excelente razón que tenía para ello. Se la oímos de nuevo ante el fuego del salón, en el mismo sitio donde la noche anterior nos había dejado un tanto sorprendidos. Al parecer, el relato que había prometido leernos requería, para entenderlo correctamente, unas pocas palabras a manera de introducción. Permítaseme decir aquí, con toda claridad, para no tener que repetirlo, que esa narración, a partir de una copia fiel que hice mucho más tarde, es la que me dispongo a reproducir acto seguido. El pobre Douglas, antes de fallecer, pero cuando su muerte ya estaba cercana, me entregó el manuscrito que él recibiera el tercero de aquellos días y que, en el mismo sitio, y con extraordinario impacto, empezó a leer a nuestro reducido círculo, en completo silencio, en la noche del cuarto. Las señoras que tenían que marcharse pero habían dicho que se quedarían, no lo hicieron, gracias a Dios; se fueron, como consecuencia de planes anteriores, muertas de curiosidad, como confesaron, producida por los toques con los que Douglas ya nos había estimulado. Pero aquello sólo sirvió para que su público definitivo fuese más compacto y selecto y se mantuviera, alrededor del fuego, unido por una emoción común.

La primera de aquellas pinceladas consistió en hacernos saber que el manuscrito se incorporaba a la historia cuando, en cierta manera, el relato había empezado ya. Era necesario saber antes que su antigua amiga, la menor

entre las hijas de un modesto párroco rural, dispuesta a hacerse institutriz, se había trasladado a Londres, presa de nerviosismo, a la edad de veinte años, para entrevistarse con el autor de un anuncio con quien ya había mantenido una breve correspondencia. Aquel caballero –al presentarse la candidata en una casa de Harley Street, que la impresionó por sus dimensiones y su prestancia– resultó ser un hombre en la flor de la edad y soltero por añadidura; un personaje como nunca había conocido, excepto en sueños o en una novela antigua, la jovencita agitada e inquieta que salía por primera vez de casa de su padre, el párroco de Hampshire. No es difícil describir a personas como él, porque, afortunadamente, nunca desaparecen. Apuesto, audaz y agradable, desenvuelto, alegre y atractivo, le pareció, como era previsible, noble y espléndido; pero lo que más la cautivó, y le inspiró el valor del que posteriormente dio prueba, fue que le presentara su futuro trabajo como un favor por el que él, el propietario de Bly, le quedaría eternamente agradecido. Se lo imaginó rico, pero terriblemente manirroto; lo vio aureolado por sus modales aristocráticos, su apostura, su ropa de inmejorable calidad y su encantadora manera de tratar a las mujeres. Su casa en la metrópoli era una gran mansión llena de recuerdos de viajes y de trofeos de caza; pero quería que la nueva institutriz se trasladara de inmediato a Bly, su residencia en el campo, el antiguo hogar familiar en Essex.

Al desaparecer sus padres, muertos en la India, el dueño de Bly había pasado a ser tutor de unos sobrinitos, niño y niña, hijos de un hermano militar, fallecido dos años antes. Aquellas criaturas, de las que había llegado a

ocuparse por la más extraña de las coincidencias, eran una carga muy pesada para un hombre en su situación: soltero y sin la preparación adecuada ni tampoco con el mínimo necesario de paciencia. Todo ello había sido motivo de gran preocupación y, por su parte, sin duda, ocasión de una larga serie de errores, si bien siempre había sentido gran interés por los pequeñines y había hecho por ellos todo lo que estaba en su mano; de manera especial los había enviado a su otra casa, puesto que el sitio adecuado para ellos era sin duda el campo, y los había mantenido allí desde el primer momento con las mejores personas que había logrado encontrar para que cuidaran de ellos, prescindiendo incluso de sus criados personales para que los atendieran, y yendo a verlos él mismo, siempre que le era posible, para comprobar qué tal les iba. Lo más arduo era que no tenían prácticamente otra familia y que a su tío sus asuntos personales lo tenían ocupado todo el tiempo. De manera que, por así decirlo, les había hecho entrega de Bly, que era un lugar sano y seguro, y había colocado al frente de su reducido personal –aunque sólo para las cuestiones materiales– a una excelente mujer, la señora Grose, antiguamente doncella de su madre, con quien el entrevistador estaba seguro de que su visitante haría buenas migas. Ahora se había convertido en ama de llaves y también se ocupaba por el momento de supervisar a la niñita, de quien, ella que carecía de hijos, había tenido la suerte de encariñarse muchísimo. No faltaba el adecuado personal auxiliar, pero, por supuesto, la señorita que se incorporase a la familia como institutriz disfrutaría de autoridad indiscutible. Durante las vacaciones también tendría que ocuparse del niño, que

llevaba un trimestre interno –pese a sus pocos años, pero ¿qué otra cosa se podía hacer?– y que, como las vacaciones estaban a punto de empezar, regresaría en cualquier momento. Los sobrinos contaron al principio con otra señorita, pero habían tenido la desgracia de perderla. Se había ocupado de ellos con gran éxito –era una persona muy respetable– hasta su inoportuna muerte, que había forzado, precisamente, el envío a un internado del pequeño Miles. La señora Grose, desde entonces, en lo referente a modales y cuestiones materiales, había hecho todo lo que estaba en su mano para cuidar de Flora; y la mansión contaba, además, con una cocinera, una doncella, una mujer que se ocupaba de la granja, un viejo poni, un anciano mozo de cuadra y un jardinero también de avanzada edad, todos ellos personas muy respetables.

Al llegar a aquel punto en su descripción, alguien interrumpió a Douglas con una pregunta.

–¿Y de qué murió la anterior institutriz? ¿De un exceso de respetabilidad?

La respuesta de nuestro amigo fue rápida.

–Se sabrá en su momento. No adelantemos los acontecimientos.

–Perdóneme... Creía que era eso lo que estaba usted haciendo.

–Si yo hubiera sido su sucesora –sugerí–, habría querido saber si el puesto llevaba incluido el..

–¿Peligro de muerte? –Douglas completó mi idea–. Quiso enterarse y se enteró. Mañana sabrán ustedes qué fue lo que averiguó. Mientras tanto, por supuesto, el panorama le pareció bastante desalentador. Era una mujer joven, sin experiencia, nerviosa; se le ofrecía un horizon-

te de mucha responsabilidad y escasa compañía: una gran soledad, a fin de cuentas. Vaciló; se tomó un par de días para consultar y reflexionar. Pero el sueldo superaba con mucho sus modestas ambiciones y en la segunda entrevista dio un paso al frente y aceptó. –Dicho aquello, Douglas hizo una pausa que, para ilustración de los presentes, me llevó a decir:

–El meollo del asunto fue, por supuesto, la capacidad de seducción del apuesto joven, superior a las fuerzas de la joven institutriz.

Douglas se levantó y, como había hecho la noche anterior, se acercó al fuego, movió uno de los leños con el pie y luego se quedó un momento inmóvil, de espaldas a nosotros.

–Sólo lo vio dos veces.

–Sí, pero ése es precisamente el encanto de su pasión.

Un poco para sorpresa mía, Douglas se volvió hacia mí al oír aquello.

–Ése fue el encanto. Pero otras personas no sucumbieron. Él se sinceró acerca de las dificultades encontradas: en el caso de varias candidatas, las condiciones habían hecho que desistieran. Simplemente, se asustaron. El trabajo parecía aburrido, extraño; y de manera especial debido a la más importante de las condiciones.

–¿Que era...?

–No molestar nunca, bajo ningún pretexto, al propietario de Bly: que mi amiga no solicitara su ayuda ni se quejara; que no le escribiera; que resolviera por su cuenta todos los problemas y que en cuestiones de dinero se entendiera con su abogado; que se hiciera cargo de todo y que lo dejara tranquilo. Ella prometió hacerlo y me dijo

que cuando, por un momento, aliviado, encantado, él le tendió la mano, agradeciéndole el sacrificio, mi amiga se sintió ya recompensada.

–Pero, ¿fue aquélla toda su recompensa? –preguntó una de las señoras.

–Nunca volvió a verlo.

–Ah –dijo la señora; lo que, dado que nuestro amigo nos dejó de nuevo al llegar a aquel punto, fue la única frase importante sobre el tema hasta que, al día siguiente por la noche, a un lado del hogar, en el asiento más cómodo, Douglas abrió un delgado álbum pasado de moda, con cantos dorados y una cubierta roja descolorida. La historia, en su totalidad, requirió más de una noche, pero durante la primera sesión la misma señora hizo otra pregunta.

–¿Cómo se titula?

–No tengo un título para esta historia.

–¡Yo sí! –dije. Pero Douglas, sin hacerme caso, había empezado a leer con una voz de una nitidez tal que era, para el oído, como una traducción de la bella caligrafía de su autora.

Capítulo 1

Recuerdo el comienzo como una sucesión de altibajos, como una alternancia de emociones agradables y desagradables. Después de decidirme, en Londres, a aceptar la propuesta del propietario de Bly, pasé, sin duda alguna, un par de días muy malos: sentí cómo se me erizaban de nuevo todas las dudas, tuve el convencimiento de que había cometido una equivocación. En ese estado de ánimo pasé las largas horas de diligencia, entre saltos y balanceos, que fueron necesarias para llegar hasta el lugar donde me recogería un vehículo enviado desde Bly. Aquel medio de transporte, se me dijo, había sido concertado de antemano y, hacia el final de aquella tarde de junio, un cómodo coche de caballos me estaba esperando. Al atravesar a aquella hora, en un hermoso día, una zona rural cuya tibieza estival hacía las veces de cálida bienvenida, mis ánimos renacieron y, al entrar en el amplio paseo que llevaba hasta la puerta principal, sentí un

alivio que probablemente no era más que la prueba de hasta qué punto había llegado a hundirme. Supongo que esperaba, o temía, algo tan deprimente, que lo que me recibió supuso una agradable sorpresa. Recuerdo que la amplia fachada luminosa, las ventanas abiertas y las agradables cortinas, así como las dos criaditas que miraban hacia el exterior, me causaron una impresión muy favorable; recuerdo el césped y las flores llenas de colorido y el crujido de las ruedas sobre la grava y las apretadas copas de los árboles por encima de las cuales los grajos daban vueltas y graznaban en el cielo dorado. La escena tenía una grandeza que la situaba muy por encima de mi modesto hogar, e inmediatamente se presentó en la puerta principal, llevando de la mano a una niña, una persona muy cortés que me hizo una reverencia tan respetuosa como si yo fuese la señora de la casa o una visitante distinguida. En Harley Street se me había hecho una descripción más fría del lugar, y aquello, según recuerdo, me llevó a ver todavía con mejores ojos al propietario y a creer que quizá lo que me esperaba excediera sus promesas.

Mis ánimos no volvieron a decaer hasta el día siguiente, porque superé de manera triunfal las horas que siguieron gracias a la más joven de los dos alumnos que iba a tener a mi cuidado. La niña que acompañaba a la señora Grose me pareció al instante una criatura demasiado encantadora para que no se considerase un gran privilegio ser su institutriz. Era la niña más guapa que había visto nunca, y después me pregunté por qué su tío no había insistido más en aquel punto. Dormí poco aquella noche: estaba demasiado agitada. Recuerdo que el efecto de la sorpresa no se me iba de la cabeza, junto

con la sensación de que se me trataba con gran generosidad. La amplia habitación, muy llamativa, una de las mejores de la casa, la gran cama, que casi me pareció destinada a ocasiones solemnes, las ricas cortinas rameadas, los altos espejos en los que, por vez primera, pude verme de cuerpo entero los consideré –como el extraordinario atractivo de la niña confiada a mi cuidado– otros tantos regalos adicionales. Como también me pareció un regalo adicional que, desde el primer momento, me entendiera sin el menor problema con la señora Grose, dado que nuestras futuras relaciones me habían preocupado durante el viaje en diligencia. El único detalle que, en última instancia, podría haber hecho que me asustara de nuevo, durante aquella primera toma de contacto, fue la desmesurada alegría que le produjo verme. Antes de que pasara media hora me di cuenta de que estaba tan contenta –aquella mujer sencilla, poco agraciada, limpia, sana– que incluso hacía esfuerzos para que no se le notara en exceso. Ya entonces me intrigó un poco por qué procuraba ocultar su alegría, lo que, al reflexionar, movida por la sospecha, podría, por supuesto, haberme intranquilizado.

Pero sin duda era un consuelo que no pudiera haber inquietud alguna en el caso de algo tan beatífico como la radiante presencia de mi niña, cuya belleza angélica probablemente fue más responsable que ninguna otra cosa de la agitación que, antes del nuevo día, hizo que me levantase varias veces y pasara por la habitación para hacerme una idea de conjunto de mi situación y de mis perspectivas; también para contemplar, por la ventana abierta, las primeras claridades del alba estival, exa-

minar las partes de la casa que me era dado ver, y escuchar, mientras comenzaban a piar los primeros pájaros en las tinieblas que se disolvían, la posible repetición de un sonido o dos, algo menos naturales, y no en el exterior sino dentro de la casa, que había imaginado oír. Hubo un momento en que creí reconocer, débil y lejano, el llanto de un niño; y otro en el que me descubrí, de manera apenas consciente, sobresaltada por el ruido, delante de mi puerta, de algo semejante a unos pasos ligeros. Pero se trataba de impresiones tan débiles que se podía prescindir de ellas; y únicamente en razón de la luz, o más bien, debería decir, de la oscuridad de otros sucesos ulteriores, las recuerdo ahora. Cuidar de la pequeña Flora, educarla, «formarla» serían tareas que, evidentemente, me proporcionarían una vida feliz y útil. Ya habíamos acordado que después de aquella primera noche, la niña dormiría conmigo, para lo cual su camita blanca se trasladaría a mi habitación. Se la había confiado por completo a mi cuidado, pero Flora se quedó aquella última vez con la señora Grose debido a mi inevitable condición de desconocida y a su natural timidez, si bien la niña, de la manera más curiosa del mundo, se había mostrado muy sincera y valiente, permitiendo, sin el menor síntoma de vergüenza, con la dulce y honda serenidad de uno de los santos niños de Rafael, que se hablara de su timidez, que se le atribuyera aquel defecto y que se tomara una decisión. Yo, de todos modos, estaba plenamente convencida de que muy pronto nos entenderíamos. La simpatía que me inspiró la señora Grose desde el primer momento obedecía en parte a la satisfacción que le producían, y que yo advertía, mi admiración y asombro ante el espec-

táculo de sentarme a cenar con cuatro velas muy altas y con mi alumna, en una silla especial y con babero, colocada frente a mí, brillantemente iluminada, con su pan y su leche. Como es lógico, había cosas que, en presencia de Flora, sólo podíamos comunicar mediante miradas de satisfacción y de asombro y alusiones oscuras e indirectas.

–Su hermano, ¿se le parece? ¿Es tan digno de atención como ella?

Las dos estábamos de acuerdo en que no se debía halagar en exceso a los niños.

–Ah, señorita, se trata de una criatura excepcional. Si tiene usted buena opinión de su hermana... –Y se quedó inmóvil, con una bandeja en la mano, sonriendo a nuestra acompañante, que nos miró a una y otra con serenos ojos celestiales que nada expresaban que nos obligara a contenernos.

–Si tengo buena opinión...

–¡Se entusiasmará con el caballerito!

–Bien; para eso he venido, creo yo, para entusiasmar-me... –Y recuerdo que me sentí impulsada a añadir–: Me temo, sin embargo, que me entusiasmo con facilidad. ¡Lo mismo me sucedió en Londres!

Todavía recuerdo la expresión en el rostro de la señora Grose al hacerse cargo de lo que le decía.

–¿En Harley Street?

–En Harley Street.

–Bueno, señorita, no es usted la primera... y tampoco será la última.

–No, no me hago ilusiones –pude responder riendo– de ser la única. Mi otro alumno, en cualquier caso, tengo entendido, regresa mañana.